



Imperialismo y terrorismo: regreso al estado de naturaleza

El tema que tratamos en este número ha sido objeto de reflexión, desde el momento en que ocurrió, en una serie de artículos aparecidos en *Acontecimiento*, que se han ocupado de lo sucedido y de sus consecuencias previsibles, comenzando por un editorial urgente —«Terrores gemelos, víctimas gemelas»—, que expresaba nuestra posición antes los hechos recién acaecidos y los

que anticipábamos como inminentes. Lo dicho entonces lo podemos mantener casi en su totalidad. Además, podemos decir, con satisfacción, que muchos lectores de *Acontecimiento*, desde España, América, Rusia, etc. expresaron su apoyo a los puntos expresados en aquel escrito.

Desde luego, el 11 de septiembre de 2001 nuestra capacidad de asombro se vio superada

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

por los hechos, estupefactos por lo que las imágenes nos mostraban, nos preguntábamos si esas imágenes fascinantes podían ser reales. Todos sabíamos que esa fecha iba a pasar a la memoria de la humanidad con resonancias de horror y de cataclismo histórico.

Pasados nueve meses, ya han tenido lugar las consecuencias que, de inmediato, eran de esperar: confusión, condena y persecución del terrorismo, represalias al país que estaba más a mano, crisis de la industria y del tráfico aeronáutico, medidas de seguridad redobladadas, etc.; sin embargo, están por ver las consecuencias que se dejarán sentir a largo plazo. Es muy probable que buena parte del siglo recién inaugurado quede marcado por aquel fatídico día.

Más que discutir si nada volverá a ser igual después de aquel día, o si, por el contrario, nada cambiará, salvo que las tendencias ya existentes se intensificarán, nos preocuparía que la humanidad no aprendiese las lecciones que se derivan de tamaño acontecimiento. No obstante, tenemos la certeza de que las minorías que detentan el poder se resisten a reflexionar y aprender, peor aún, se obcecán en reincidir y reforzar los errores. El resultado inmediato es la reiteración fatal de la violencia, la guerra, el terror, la represalia, más guerra, más terror y vuelta a empezar. Pero las víctimas no tienen más oportunidad, nunca más vuelven a empezar, tienen que ser reemplazadas por otras para alimentar el proceso cuyo fin impiden los poderosos. En esta tragedia, los actores protagonistas se suceden, desempeñan su papel y se van, pero el de las víctimas queda pronto vacante, sólo son figurantes y, por tanto, da igual quienes sean, vale cualquiera.

Imperialismo, terrorismo, más imperialismo, más terrorismo... y así, hasta el infinito, el círculo vicioso, la espiral violenta expande su mecanismo triturador. Uno alimenta al otro, uno se justifica por el otro. Uno y otro intercambian sus papeles. El terrorismo pretende el imperio del terror para, a partir del caos y la destrucción, culminar su acción en otro imperio. El imperialismo, inspirando miedo hasta el límite del terror, está dispuesto a conseguir sus fines a cualquier coste. Ambos pretenden el sometimiento absoluto contra toda razón o sentimiento, la limitación o aniquilación de la autonomía personal.

Contra ambos, manifestaciones diversas de una misma peste, no hay más antídoto que la firme voluntad de ejercer **la libertad**, tanto en su aspecto negativo de no someterse a ningún imperio o terror, no dejándo-

se intimidar por sus maleficios y desobedeciendo sus tristes designios, como en el positivo de construir a contracorriente de ambos, utilizando medios pacíficos en pro de unos fines que traigan beneficios para toda la humanidad.

Para ejercer esa libertad, la condición previa es el reconocimiento de **la verdad**. No podemos dejarnos engañar acerca de lo que es el terror y, sobre todo, de quiénes son sus víctimas. El terror no es, sólo, la amenaza eventual de la muerte que nos acecha oculta tras el azar de un día indeterminado, aunque esta improbable muerte sea premeditada, intencionada y violenta. El terror es, también, la certidumbre o la elevada probabilidad de que pronto, tal vez mañana, vamos a morir o van a morir nuestros prójimos.

Eso no nos ocurre a nosotros, pero sí le ocurre a 800 millones de personas que pasan hambre en este planeta, y cuando existen graneros rebosantes que pueden saciar el hambre y no se hace, eso también es terrorismo... y hay que combatir, también, ese terrorismo.

Eso sí les ocurre al 8% de los subsaharianos que son seropositivos, esas poblaciones sí están aterrorizadas, y cuando se hace valer el derecho de patente de los medicamentos contra el SIDA para no suministrarlos a los enfermos, y se justifica por la necesidad de ingresos para seguir la investigación farmacéutica —que, dicho sea de paso, está dirigida a la curación de las enfermedades de los ricos y solventes—; cuando eso ocurre, y se sabe, y no se fuerza a los emperadores de la farmacopea a cambiar de rumbo, eso, también es terrorismo... y hay que combatir, también, ese terrorismo.

Alguien puede decir que estas actitudes no son, en sí, terroristas porque no están directamente destinadas a sembrar el terror; pero entonces tenemos que exclamar: ¡Dios nos libre! Porque también ha habido ocasiones en que el hambre, el embargo comercial, incluyendo medicamentos, ha sido y es un arma política y, entonces, los resultados son terribles.

Los acontecimientos del 11 de septiembre debemos reconocerlos como una llamada, no sólo a estar en alerta respecto a lo que nos puede suceder; también, y sobre todo, queremos leerlos en el sentido de estar alerta respecto al mal que podemos causar, a las humillaciones a las que la parte poderosa de la humanidad somete a los oprimidos por ella, y a rectificar cuanto alimenta las causas de opresión, explotación, violencia, vejación y desesperación de los seres humanos, especialmente a los más débiles.